

en relación con las tensiones y desafíos de su propio tiempo, sino de buscar aprehender la historicidad que construyó la figura (o mejor dicho la figuración), del militante anarquista en su enorme plasticidad” (p. 302). Deslinda la figura del proletariado militante del proletariado dirigente la decir: “Los trabajadores no deben ser dirigidos ni gobernados, incluso para el buen objetivo sino que deben dirigirse y emanciparse a sí mismos” (p. 303).

En suma, los debates reseñados en este libro constituyen una fuente muy sólida para distinguir entre lo que fuera el anarquismo europeo y el que se desarrolló a su sombra en América Latina. Sin que se puedan oponer el uno al otro, tampoco se deben confundir. Por una parte, el papel del anarquismo en debates respecto de la secularización de la vida social y sobre las implicaciones del darwinismo, entre otras cuestiones, y por otro lado, el lugar que ocupa en la historia del surgimiento y desarrollo del proceso de organización de los trabajadores son aspectos que este libro presenta en forma informada y que seguramente constituirán referencia obligada para su estudio en el siglo XXI.

Francisco Zapata
El Colegio de México

SANDRA KUNTZ FICKER (coord.), *Historia mínima de la economía mexicana, 1519-2010*, México, El Colegio de México, 2010, 319 pp. ISBN 9786074623147

El crecimiento económico es un gran tema en la historia mexicana, o al menos lo es para los historiadores de México que trabajan en ese país. Por su parte, los colegas del mundo de habla inglesa ven el interés por la historia del crecimiento económico de manera muy similar a como Freud veía la conexión entre el erotismo

anal y el interés adulto por el dinero: si no vergonzoso, al menos, en sus orígenes, poco respetable. Es de agradecer que los colegas mexicanos no tengan las mismas tribulaciones, como lo atestigua la existencia de este breve volumen, cuyos capítulos fueron tomados del libro *Historia económica general de México* (2010). Si bien la portada promete importantes revisiones y ampliaciones de los textos originales, en la mayoría de los casos, salvo el capítulo de Carlos Marichal, los cambios parecen ser menores. Partiendo de la teoría según la cual uno de los propósitos de la historia económica es explicar la forma en que el pasado se convierte en el futuro, cuando ello ocurre, propongo iniciar esta reseña de los capítulos en un orden cronológico inverso. Además, la pregunta más común sobre la economía contemporánea es por qué el crecimiento es tan lento. No es como si 2012 fuera la primera vez que alguien planteara esta pregunta en México.

De hecho, Enrique Cárdenas concluye su análisis del periodo de 1929 a 2010 apuntando que el índice de crecimiento contemporáneo deja mucho que desear. Si partimos de la premisa de que, como parte importante de su campaña, Vicente Fox prometió restablecer el índice de crecimiento de los gloriosos treinta (en el sentido mexicano), el programa económico desde el año 2000 debe considerarse en gran medida fallido. El crecimiento per cápita anual promedio desde 2000 ha sido menor de 1%, cifra que no resulta mucho mejor que la registrada en el periodo de 1980 a 2000. Y ni siquiera se acerca a la de los gloriosos treinta. Puesto que Cárdenas parece ser bastante keynesiano en su opinión de que la economía ha sido controlada en gran medida por la demanda, me parece que su explicación –por otra parte excelente– se vuelve curiosamente comedia en este punto. A decir verdad, existen numerosas teorías sobre por qué el crecimiento ha sido tan lento, pero un vistazo al pronunciado cambio en la cuenta corriente de la balanza de pagos de México desde 1995 resulta sin duda edificante. La explicación parecería radicar en una demanda privada

débil y un duro control en el sector público: el crecimiento lento es básicamente el resultado de las lecciones aprendidas del ahora infame error de diciembre. En otras palabras, es tan poco accidental como lo fue la aceleración de los préstamos provenientes del extranjero que siguieron a la noche de Tlatelolco en 1968. Los gobiernos aprenden las lecciones de la historia que hacen. Si no lo creemos, nos resultará difícil explicar una preferencia similar por la prudencia fiscal y monetaria en la Alemania de la posguerra. Claro, las exportaciones alemanas se ven muy poco afectadas por el surgimiento de China, del cual no puede culparse con justicia ni a Guillermo Ortiz ni a Agustín Carstens. Nadie diría lo mismo de México, cuya mala suerte desde la década de 1970 se ha vuelto proverbial.

De igual forma, me agrada bastante y concuerdo con el excelente capítulo de Sandra Kuntz sobre el periodo de 1856 a 1929. En algunos círculos, los críticos son considerados idiotas si no destruyen el trabajo de sus colegas, así que, quizás, soy una idiota. Sin embargo, cualquiera que haya pasado algo de tiempo observando los patrones de la inversión bruta interna fija desde 1900 habrá concluido, al igual que Kuntz, que la era “moderna” del crecimiento mexicano comenzó a fines de la década de 1910, y no en 1940, o después, como nos enseñaron a la mayoría de nosotros hace una generación. También queda muy claro que el estallido real de la Revolución influyó muy poco sobre la formación de capital hasta el inicio de la guerra civil en 1915, cuando su participación en el PIB cayó de más de 15% a menos de 5%. Kuntz favorece el pensamiento económico contemporáneo en su interés por la relación entre las instituciones y el crecimiento económico, pues fue precisamente en ese vínculo donde la Constitución de 1917 marcó una diferencia; en este sentido, fue más que un resurgimiento modernizado de su predecesora en 1857. Entre los aspectos donde marcó una diferencia figuran de manera prominente tanto la reforma agraria como el trabajo organizado y

la responsabilidad del Estado como promotor del crecimiento. Todos ellos ampliaron la capacidad productiva de la economía, o bien contribuyeron al crecimiento de la propia demanda. Desde la perspectiva de Kuntz, ni siquiera el porfiriato fue puramente liberal en el sentido económico, mucho menos los gobiernos pos-revolucionarios que le siguieron.

Hay un punto en el que, si bien no difiero de Kuntz –en efecto, de nuevo compartimos la misma opinión–, me permito el lujo de mostrarme crítico: la calidad de la evidencia, en especial de las estadísticas, sobre las cuales deben basarse en gran medida las interpretaciones de este periodo. En general, son más que estériles y tal vez del todo engañosas. El problema no radica tanto en la especialidad de Kuntz, el sector externo, si bien sólo porque los datos arrojados por las contrapartes extranjeras en el comercio internacional ejercen cierto control sobre la magnitud de error con que nos vemos obligados a trabajar. Empero, las cantidades que corresponden al producto interno, en particular a la producción agrícola, desde la década de 1810 en adelante, simplemente carecen de una consistencia interna y no son ni remotamente creíbles. Un solo vistazo a los indicadores del maíz entre 1852 y 1918 sugiere que México logró aumentar su población y volverse más urbano e industrial frente a un descenso o estancamiento de la productividad agrícola per cápita, lo cual resulta imposible. Como Alicia en el País de las Maravillas, creo en seis cosas imposibles antes del desayuno. Sin embargo, ésta no es una de ellas. Por fortuna no tuve que escribir el capítulo de Kuntz, que resulta conspicuamente bueno a pesar del problema con los datos sobre agricultura, de los cuales, en realidad, no dependen sus conclusiones.

Carlos Marichal aborda el periodo de 1760 a 1855. De nuevo, sólo puedo expresar mi acuerdo fundamental con gran parte del capítulo. Las discrepancias son en gran medida triviales y resultan de una entretenida inconsecuencia. La descripción gráfica de Marichal de la pérdida de territorio mexicano tras la Guerra de

1847 se ve un tanto diferente de lo que uno suele encontrar en los libros de historia de este lado de la frontera, en especial en Texas, estado verdaderamente monstruoso (según sus reclamos fronterizos, un *casus belli*) que México ya había perdido desde mucho antes de 1848 o incluso de 1846. La herida correspondiente al territorio mexicano siempre se ve más pequeña, aun cuando el resultado final haya sido el mismo. Pero éstos son detalles políticos de un tiempo anterior que quizá sólo le resulten de interés a participantes en seminarios binacionales.

El punto más importante del capítulo de Marichal es la propuesta claramente pasada de moda, aunque –a mi parecer– poco controvertida, de que muchas de las heridas fiscales al cuerpo político de México posteriores a 1824 fueron auto-asestadas. La reasignación de unos recursos bastante reducidos que habían alimentado al estado borbónico en dirección de las provincias, más adelante estados-departamento, fue quizás inevitable. Incluso podría haber un sentido en el que la retención de recursos por parte de algunas élites locales haya sido en cierta medida más “republicana”, aunque uno se pregunta si los historiadores que escriben de esta manera están familiarizados con lo ocurrido en Francia durante la Revolución, lo cual, gracias a Dios, es claramente el caso de Marichal. De cualquier forma, una consecuencia involuntaria de la destrucción de la maquinaria fiscal borbónica fue dejar al México “nacional” en manos de dos grupos financieros de entre los cuáles habría sido difícil elegir: los agiotistas y los tenedores de bonos británicos. Hace varios años, en 1976, una de las primeras conferencias que escuché luego de llegar a México fue de Edmundo O’Gorman, quien tuvo la insolencia (en aquel entonces) de sugerir que en vista de las catástrofes que le siguieron, Iturbide podría no haber sido una mala idea después de todo. ¡Imagínense!

Otro tema que propone Marichal, y en buena hora, es la cuestión de la producción y el crecimiento económico en México durante el periodo que él estudia. Durante casi 30 años, nos hemos

visto obligados a repetir la idea, que en realidad no está basada en evidencia sólida, de que el crecimiento económico sufrió un declive secular (o depresión) que duró medio siglo. Marichal cita, con aprobación, el reciente trabajo de Ernest Sánchez Santiró y el estudio un poco anterior de Margaret Chowning sobre Michoacán, los cuales han generado dudas empíricas muy sustanciales sobre esta narrativa. No puedo decir cómo se resolverá esta cuestión, pero con sólo examinar los registros demográficos y fiscales del centro de México en las décadas de 1830 y 1840, puedo apostar que la tesis del “declive de la economía mexicana” no se sostendrá en su forma actual. Marichal observa, atinadamente, que nuestros avances serán reducidos hasta que se lleven a cabo estudios detallados sobre los cambios (regionales) agrícola y poblacional. Seguramente, éstos provendrán en gran medida de estudiantes mexicanos, cual debe ser.

Bernd Hausberger produjo el capítulo sobre el periodo entre 1519 y 1760. Parecería menos ambicioso que los demás, aunque logra establecer varios puntos importantes a pesar de su habitual genuflexión ante el altar de Carlos Sempat Assadourian. Uno de esos puntos es que Hausberger cuestiona el uso inalterado del término “capitalista” en el contexto de la economía colonial. Ello se debe no tanto a que el capitalismo fuera una importación europea, sino a que la conmoción del declive poblacional hizo de los mercados laborales en funcionamiento una propuesta dudosa desde la perspectiva de la maximización de riquezas de los conquistadores. Hausberger apunta, de manera muy acertada, que 90% de la población no se pierde sin inducir cambios muy radicales en el funcionamiento institucional de la asignación del trabajo. Lo que solemos ver como un proceso de cambio de los medios de asignación—encomienda, repartimiento y hacienda—tuvo mucho que ver con los incentivos económicos cambiantes generados por el declive de la población respecto de la tierra, pues los mercados enriquecen el factor de producción escaso. Nueva España no iba

a ser una empresa capitalista muy rentable si el factor de producción escaso (el trabajo nativo) se enriquecía. De este modo, si el capitalismo asume la existencia de mercados laborales, entonces los capitalistas tienen un problema. Me sorprendió que Hausberger nunca mencionara el trabajo de Enrique Semo, quien apuntó en esta dirección hace varios años, aunque se vio absorbido por el pantano político de los modos de producción. El problema es que Semo fue presentado, al menos en inglés, como un libro para principiantes, lo cual no es. Semo se adelantó a su tiempo, y me gustaría ver que Hausberger se ocupara un poco menos de Sempat y un poco más de Semo como una forma de llegar al meollo de lo que estaba ocurriendo en el México colonial. También me gustaría verlo dedicar tanto tiempo a la literatura reciente sobre la Carrera de Indias y sus finanzas como justificadamente le dedica al comercio con Asia. Ya no estamos en el imperio de Clarence Haring, y a nada nos lleva pretender lo contrario.

Así pues, si el tema que recorre este volumen es la base del crecimiento a largo plazo en México, quizás deberíamos pensar en los términos que utilizan los economistas —oferta y demanda agregadas—, aunque adecuándolos al hecho de que México es México, no Estados Unidos, mucho menos Gran Bretaña, y ni siquiera Europa del sur. No es necesario tirar el agua de la bañera con el niño dentro, como algunos ingenuos hacen con Perú, por ejemplo, cuando sugieren que la conducta ahorradora misma era ajena a esta parte del mundo antes de que llegaran los europeos, quienes con ello estropearon, si no es que perdieron, el Paraíso. No es necesario inventar depresiones de siglos de duración cuando los índices de producción, al menos para algunas partes del país, apuntan en dirección opuesta. Esto podría implicar la separación de la historia económica moderna de México de los elementos mitificadores de la Revolución y el Milagro, como creo que los autores de este libro tienden a hacer. Quizás incluso tengamos que aceptar la desagradable noción de que la descentrali-

zación tiene costos, tanto como beneficios, y que es una cuestión empírica, no ideológica, en el momento de decidir si el balance justifica las políticas emprendidas bajo la fachada de una reforma “democrática”. Por fortuna, como lo demuestra este libro, la historia económica mexicana se halla firmemente en manos de autores mexicanos. *Deo gratias*.

Traducción de Adriana Santoveña

Richard J. Salvucci
Trinity University